



X Jornadas de Investigación del Dto. de Filosofía — FaHCE UNLP

Ecología y pensamiento: un análisis desde la postura de Paul Feyerabend

Micaela Anzoátegui (IdIHCS-FaHCE-UNLP)
micaeanz@gmail.com

Resumen

En este trabajo analizaremos, en primer lugar, la postura de Paul Feyerabend en torno a la problemática ecológica y su vinculación con la ecología política y la ciencia, tomando principalmente los artículos *Cuan equivocada es la ecología de los filósofos* y *Cómo defender a la sociedad de la ciencia*, entre otros textos. En segundo lugar, realizaremos una proyección más amplia de la propuesta a fin de: (1) conectar ecología científica y ecología política, (2) ver el papel que la ciencia y la sociedad tienen respecto a esta problemática, y (3) cuál es la dificultad específica que podemos señalar, desde la misma postura del autor, en sus derivaciones academicistas del debate sobre ecología y sociedad, en la línea de que no son sólo debates estériles –como el mismo Feyerabend sostiene– sino que, muchas veces, se transforman en intervenciones perniciosas. A modo de breve conclusión, señalaremos el modo en que, por un lado, la filosofía produce debates meramente abstractos y cómo la filosofía y la ciencia –mediante sus expertos– legitiman y enmascaran los modos de producción y explotación propios del sistema capitalista en el caso particular del campo de la ecología política.

Introducción a la problemática

En este trabajo analizaremos, en primer lugar, la postura de Paul Feyerabend en torno a la problemática ecológica y su vinculación con la ecología política y la ciencia, tomando principalmente los artículos *Cuan equivocada es la ecología de los filósofos* y *Cómo defender a la sociedad de la ciencia*, entre otros textos. En el contexto de estas obras es donde Feyerabend sostiene que el camino de un movimiento fundamental, como el ecologista, no debería verse obstaculizado por el debate académico, que caracteriza de estéril e infructífero. El problema ambiental –sostiene– es cercano a nosotros, inmediato, urgente, y exige una solución que excede a las visiones de la elite académica. Se pregunta si es posible esperar de la abstracción filosófica soluciones reales cuando los pensadores académicos se encuentran alejados de la materia concreta, de la sociedad y sus problemáticas, y son –muchas veces– parte de quienes usufructúan de la

maquinaria capitalista que es el origen de los problemas denunciados por el movimiento ambientalista. Igualmente, no deja de lado la necesidad de que la acción encuentre fundamento en el pensamiento, es decir, su crítica se dispara contra el pensamiento desprendido de la realidad socio-ambiental, como resulta muchas veces de parte de filósofos con debates abstractos enclaustrados en la Academia.

En segundo lugar, realizaremos una proyección más amplia de la propuesta de análisis de Feyerabend a fin de: (1) conectar ecología científica y ecología política, (2) ver el papel que la ciencia y la sociedad tienen respecto a esta problemática, y (3) cuál es la dificultad específica que podemos señalar, desde la misma postura del autor, en sus derivaciones academicistas del debate sobre ecología y sociedad, en la línea de que no son sólo debates estériles —como el mismo Feyerabend sostiene— sino que, muchas veces, se transforman en intervenciones perniciosas. A modo de breve conclusión, señalaremos el modo en que, por un lado, la filosofía produce debates abstractos sin conexión con el mundo al que hacen referencia y cómo la filosofía y la ciencia —mediante sus expertos— legitiman y enmascaran los modos de producción y explotación propios del sistema capitalista en el caso particular del campo de la ecología política.

1- Pensamiento, ciencia y sociedad: ecología en acción

1.1. Ecología: contexto de surgimiento, concepción actual

La ecología es una ciencia reciente que surge como ciencia neutral y subsidiaria del modelo de producción capitalista dentro de la rama de las ciencias biológicas, con el objetivo específico de entender el dinamismo entre las poblaciones y sus entornos y poder utilizar ese conocimiento en la producción. Recientemente avanza bajo la nueva concepción, a mediados del s. XX y especialmente en el último tercio, a partir de la apropiación del término por grupos activistas, que la reivindican como práctica crítica y política. Esta última acepción, con la que estamos más familiarizados, es la que conlleva a repensar una ética en relación a la complejidad del mundo y a la responsabilidad social respecto al tejido de la vida, del cual somos una parte. Aparece, entonces, como pregunta por el “qué hacer ahora” en paralelo al conocimiento disponible —divulgado y también en desarrollo— sobre las formas de vinculación de organismos y microorganismos, equilibrio ecosistémico, etc., que derivó en una reflexión del impacto negativo de las sociedades humanas sobre las demás comunidades biológicas, los ciclos

naturales, los organismos, su auto-regulación y demás temáticas. Así, la ecología comienza a tener un doble carácter, natural y social (con el que hoy la conocemos) al abrirse de manera interdisciplinaria en el abordaje de sus tópicos también desde nuevos enfoques y disciplinas, entre ellas, las ciencias humanas (Núñez, 2011). Surge la ecología política, la ética ambiental, el eco-feminismo, el eco-socialismo, la Hipótesis Gaia de Lovelock, entre otras, como corrientes teóricas dentro y fuera del ámbito académico.

De hecho la ecología política (ya sea intelectual o práctica, en las calles) surge como respuesta a un contexto determinado. El grado de explotación se ha intensificado a partir de la segunda mitad del siglo pasado (Yañez Garcia, 2007:10). Después de la Segunda Guerra Mundial hasta los años setenta, se generó un patrón industrial basado en la producción de masas, el fordismo, cuyo núcleo eran las industrias metalmeccánica y la petroquímica, centradas en la producción de automóviles, de bienes de consumo duradero, de redes de transporte. Las industrias más importantes de este momento se basan en la extracción y consumo de combustibles fósiles. Los rasgos más característicos del periodo son el estrepitoso crecimiento del PBI mundial, el crecimiento de la población en todo el planeta, la tendencia creciente hacia la urbanización y el incremento del consumo energético. Todas estas cuestiones, sumadas a la falta de una política ambiental, generaron lo que se denominó posteriormente “crisis ambiental”.

En el caso del aumento del producto bruto interno, éste no fue equitativo con el crecimiento de la población, lo cual aumentó la desigualdad y pobreza en todo el mundo. El uso de combustibles fósiles, a su vez elevó la emisión de gases contaminantes, que como consecuencia produjeron la contaminación atmosférica, contribuyendo además a la destrucción de la capa de ozono y el calentamiento global. La producción en masa que incrementó el número de bienes, generó una demanda creciente de materias primas, implicando la sobreexplotación de la naturaleza (desertificación, deforestación, la erosión de espacios agrícolas, etc) junto el incremento de desechos y la contaminación del agua, tierra y aire de manera directa e indirecta. Entonces, la crisis ambiental englobaría tres grandes temáticas: la sobrepoblación, la sobreexplotación de recursos y los desechos (Yañez García, 2007:11).

De esta manera, podemos retomar las palabras de Feyerabend, donde se comprende el doble carácter que comienza a tener la ecología a mediados y fines del siglo XX, en tanto estos intelectuales y grupos buscan, mediante la acción política modificar la dirección que hasta entonces venía teniendo el manejo del ambiente y la naturaleza en las sociedades occidentales más desarrolladas:

¿En qué consiste la acción política? **Actuar políticamente significa intentar modificar la dirección y la situación en el mundo. La acción política puede ser tanto democrática o totalitaria, como abstracta o personal.** El actuar totalitario intenta condicionar a la persona sin que ésta tenga la posibilidad de reaccionar al influjo. Es una ruta con un sentido único. Algunos ejemplos son los métodos educativos en la escuela autoritaria y el adiestramiento militar. La acción puede no ser exitosa, aunque continúe siendo totalitaria. Típicos ejemplos son algunos resabios militares, casi todos en los programas educativos, como en el programa de rehabilitación de los presos y en gran parte de la moderna práctica médica. (Feyerabend, 2001: 9)

1.2. El contexto crítico de la economía capitalista y la ecología política

Siendo este el panorama, no tardó en llegar una crítica, desde distintas perspectivas, al modelo económico-social capitalista, especialmente por las consecuencias que trae para la naturaleza y las poblaciones humanas el ciclo continuo de extracción-producción-consumo-desecho en función de la obtención de la máxima ganancia con la mínima inversión. La externalización de costos de las grandes empresas y de los gobiernos estaba a la vista, y desde la Revolución Industrial se estaban acumulando sus efectos y acrecentando su visibilidad: consecuencias socio-ambientales por la alteración drástica de ambientes perdiendo sus servicios ambientales (amortiguación e inundaciones, vientos huracanados, etc); impacto sobre la biodiversidad; escasez de recursos, contaminación atmosférica en las grandes ciudades; contaminación por plástico e hidrocarburos; pérdida de resiliencia de los sistemas naturales para amortiguar las presiones; avance creciente de la urbanización sobre áreas silvestres; la revolución verde de la agroindustria que comienza a instalarse en los países periféricos de manera violenta (Shiva, 2007). Aparece la pregunta de si esta se trata meramente de una crisis ecológica o, es más bien, una crisis civilizatoria, propia de la civilización occidental, uno más de los caminos sin salida a donde lleva los sueños trancos de la razón ilustrada moderna.

El conocimiento científico en esta disputa ideológica y práctica comienza a tener un nuevo valor, y comienza a verse cada vez más involucrado en los debates, siendo disputado entre los sectores productivos y los sectores sociales que participan en conflictos ambientales concretos. La prueba científica del daño ecológico, y por lo tanto social (cuestión que comienza a vislumbrarse en esa época), a corto, largo y mediano plazo se vuelve indispensable como modo de ganar legitimidad política y social en las luchas ambientales y, son un factor imprescindible en las derivaciones de estas en litigios legales y en la generación de nueva legislación –tanto para prevenir como para reparar el daño-.

Asimismo surge el capitalismo verde, aquella ideología que sostiene que es posible producir generando menor impacto ambiental y un uso racional de los recursos, y que a su vez, esto no impida el crecimiento y el desarrollo entendido en términos capitalistas:

El término con el que se entiende aquí de manera amplia esta variación o ajuste verde del capitalismo será **capitalismo verde** y hace referencia a una etapa del capital en la que se considera el mercado como el principal medio para responder a la crisis ambiental global. ¿De qué manera? Integrando consideraciones ambientales en la economía y los procesos de producción y creando nuevos mercados, denominados *verdes y limpios*, ello para permitir la reproducción del capital y una salida a la crisis económica y energética, sin alterar las relaciones sociales y de producción del sistema capitalista. (Panqueva, 2011:4)

2- Ciencia y técnica: el papel de los intelectuales para un capitalismo verde

Feyerabend señala que la filosofía ambiental puramente conceptual y academicista, alejada del mundo cotidiano de quienes conviven con problemáticas ecológicas, no tiene sentido para enfrentar estos problemas, ya que se sigue sirviendo del racionalismo científico de la era capitalista, que justamente llevo a los problemas ambientales. Así, todo un conjunto de filósofos y científicos fueron parte de la creación de una nueva conceptualización en respuesta a las presiones y preocupaciones del movimiento ambiental, como manera de aplacar sus reivindicaciones y demandas que generaban un alto costo político, económico y/o simbólico para los actores políticos y económicos involucrados.

Así, estos intelectuales y científicos, sostenían que no era necesario un cambio en las pautas económicas ni en el régimen de acumulación capitalista –gran parte de las

críticas del movimiento ambiental y de otros intelectuales apuntaban a estas cuestiones—, antes bien, sería suficiente introducir algunos “eco-ajustes” que permitieran proseguir la explotación, pero, medianamente controlando sus impactos y las quejas sociales.

Este es el sentido de la Declaración de la ONU de Estocolmo de 1972 sobre Medio Ambiente:

Hoy en día, **la capacidad del hombre** de transformar lo que lo rodea, utilizada con **discernimiento**, puede llevar **a todos los pueblos los beneficios del desarrollo** y ofrecerles la oportunidad de **ennoblecen su existencia**.

Aplicado erróneamente o imprudentemente, el mismo poder puede causar daños incalculables al ser humano y a su medio.

A nuestro alrededor vemos multiplicarse las pruebas del **daño causado por el hombre** en muchas regiones de la Tierra: niveles peligrosos de contaminación del agua, el aire, la tierra y los seres vivos; grandes trastornos del equilibrio ecológico de la biosfera; destrucción y agotamiento de recursos insustituibles y graves deficiencias, nocivas para la salud física, mental y social del hombre, en el medio por él creado, especialmente en aquel en que vive y trabaja. (ONU, 1972)

Y, posteriormente, en 1984, se reúne por primera vez la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo dependiente de la ONU con el fin de realizar un diagnóstico global de la situación ambiental y su relación con los objetivos del desarrollo. Tres años después, en 1987, presentan el informe Brundtland titulado “Nuestro Futuro en Común”, donde se plasma por primera vez el concepto de “desarrollo sustentable” que tendrá una potente influencia hasta nuestros días, junto con un conjunto de recomendaciones de acción.

En ambos casos todos estos problemas ecológicos se tratarían de una aplicación inadecuada, pasible de corregirse, y propia del potencial productivo *del hombre*. La problemática macro, dependiente de la estructura económica, aparece invisibilizada bajo el supuesto de que la depredación es propia del ser humano como tal. En ningún momento da cuenta del sistema que dirime esas “aplicaciones” de la ciencia y técnica, y tampoco da cuenta de que no todos los “hombres” ni todos los pueblos, participan igualmente de este manejo.

En el marco de esta cuestión, surge el término de “deuda ecológica”: las relaciones asimétricas entre países desarrollados y subdesarrollados generan de la explotación de los recursos naturales mediante una venta subvaluada, la contaminación ambiental, la utilización gratuita de sus recursos genéticos o la libre ocupación de su espacio ambiental para el depósito de residuos acumulados y eliminados por los países industrializados (Donoso, en Pengue, 2002:2).

Así, se produce una cantidad desproporcionada de contaminación y degradación, entre unas y otras zonas del planeta, y se apodera o presiona para transformar también, una cantidad desproporcionada de recursos naturales, lo que pone en peligro la seguridad ecológica misma de los países subdesarrollados (Pengue, 2002:2). Los países subdesarrollados, muchas veces, ni siquiera disponen de un mercado y una economía tal en función de la que se realice esta mega extracción de materia prima, antes bien, se exporta a los países desarrollados. Son dos beneficios que externalizan los costos de los productos industrializados que comercian posteriormente en sus propios mercados: mano de obra y materia prima a bajos costos.

Es decir, hay otras lógicas de producción y consumo y poblaciones que no son urbanocéntricas o donde la reproducción de la vida se desarrolla de manera más tradicional, o establecen otra relación con su medio que involucra impactos menores. Tal es el caso de poblaciones campesinas, poblaciones nómades, comunidades de pueblos originarios y tribus que viven en semi aislamiento, pobladores rurales o de pequeños asentamientos, comunidades que se dedican a la pequeña producción agrícola-ganadera y al intercambio, entre otras.

Este tipo de enfoques, propios de la ONU y de los organismos internacionales, invisibilizan cuestiones como la diversidad de formas en que se organiza la vida humana y las relaciones que establecen con su medio, de las cuales el modo de producción capitalista y la sociedades capitalistas modernas es solo una forma. De esta manera, cuando sostienen que las consecuencias ecológicas que sufrimos actualmente son consecuencia de “las actividades del hombre” sin más, lo que opera es una adscripción del desarrollo técnico-productivo propio de modo de producción capitalista de una sociedad particular, al hombre en tanto universal. Es decir, por un lado, se vuelve un estándar al que todo hombre y toda comunidad deben alcanzar para tener una vida confortable y ser parte del progreso humano. Por otro lado, se oculta la

responsabilidad del capitalismo en la crisis ecológica y los desastres sociales, culturales y naturales que genera en los países que ellos denominan “en vías de desarrollo”.

Se trata también del impulso de la globalización y su ideología pseudo-benefactora, que implica un empobrecimiento de la diversidad de formas de lo humano y su relación con el entorno, mostrando a estas como precarias y anacrónicas, que deben ser sustituidas por las formas de hacer, pensar y relacionarse del modelo capitalista globalizado.

El Informe Brundtland, especialmente, establece la posibilidad de obtener un crecimiento económico basado en políticas de sostenibilidad y expansión partiendo de la base de los recursos naturales como finitos, con lo cual se podría construir un futuro más próspero, más justo y seguro para la humanidad en su conjunto. La explotación de recursos naturales de los países centrales respecto a los periféricos (y sus consecuencias socio ambientales) es invisibilizada completamente, desde el marco del desarrollismo avalado por la ONU. La ciencia y la técnica, de la mano de la economía, son perfilados como el verdadero futuro prometedor y la solución a la crisis ambiental.

El “desarrollo sustentable” es presentado como la vía de solución a la problemática ambiental, considerando que el desarrollo económico y el medio ambiente deben ir de la mano, y que el crecimiento debe ir a la par del medioambiente. El mercado, entonces, va a ser el agente que regule las relaciones entre las sociedades humanas (capitalistas globalizadas) y el medio ambiente, como la respuesta a la problemática ambiental generada *por el hombre*. Es decir, la solución es aquello que causó el problema, tal como el mismo Feyerabend señalaba (Feyerabend, 2001:12).

El Informe Brundtland se escuda en que el desarrollo sostenible será la garantía para la satisfacción de las generaciones presentes sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades. Pero, ¿Es esto lo que realmente quiere decir? ¿O más bien está refiriendo a que el desarrollo sostenible será la garantía para la continuidad del desarrollo capitalista actual sin comprometer las necesidades del desarrollo capitalista futuro?

El concepto de desarrollo sostenible tuvo una extraordinaria eficacia política e ideológica. Respondió en términos que parecían tomar en cuenta los cuestionamientos al desarrollo, mientras que en realidad lo que hacía era reforzarlo. Operó como un dispositivo tranquilizador en la medida en que logró crear la ilusión de que se estaban tomando medidas efectivas en respuesta a la crisis diagnosticada. Al no cuestionar la lógica de la

acumulación capitalista y el modelo de la sociedad industrial como causas fundamentales de la destrucción de las condiciones que hacen posible la vida, operó como mecanismo legitimador de la globalización neoliberal, que de ese modo pasó a presentarse como sostenible, a pesar de su avasallante dinámica devastadora. (Lander, 2011:1)

De manera que podemos señalar que en tanto éste fue el marco de referencia a partir del cual se abordó la crisis ambiental, no es ninguna sorpresa que 20 años después, cada uno de los problemas señalados, se haya agravado (Lander, 2011:2).

No obstante, al mismo tiempo que tenemos esta perspectiva teórica hegemónica generada y sostenida por diversos grupos intelectuales, las luchas populares en todo el mundo resisten a la minería a cielo abierto, la extracción de petróleo, las grandes represas, el monocultivo transgénico, vistas como amenazas tanto a sus propios territorios como a la vida en el planeta Tierra. Es decir, resisten a la ampliación de las fronteras de la acumulación por desposesión, que es lo que subyace en la ideología del desarrollo sostenible (Lander, 2011: 2; Shiva, 2008).

Tal como nos señala Feyerabend:

Finalmente les pregunto: ¿tiene sentido que un movimiento que quiere eliminar el daño ambiental causado por el capitalismo, continúe sirviéndose ulteriormente de la Hausphilosophie de la era capitalista, es decir del racionalismo científico, consumando así el detrimento político y personal al cual esta filosofía conduce? (Feyerabend, 2001:12)

Así, el autor, continúa, respecto de la participación política de la gente común, y el rol del intelectual, que arma castillos teóricos en la comodidad de la academia:

¿Y en caso que eso continúe y elabore planes, proponga ideas, produzca síntesis y deleite en el juego dialéctico, sin siquiera interrogar a aquel ser humano que por último es finalmente quien vive con inquietud los frutos de este desorden? ¿Puede un movimiento similar aceptar que exista un solo modo de pensar, y que las personas que llevan a cabo la propia vida de modo diferente (como los indígenas americanos) deban ser "educados" antes de poder acceder al proceso político? ¿O es que no hace sentido el que una ecología de la materia se una con una ecología de la mente? Para mí la respuesta es clara: el movimiento debe ser democrático y no totalitario. Debe establecer estrechos contactos entre los individuos, pero tomándolos en consideración, no como aparecen a la luz de una teoría abstracta, sino cómo se comportan y se conducen en el cotidiano, en la vida de cada día. (Feyerabend, 2001:12)

Feyerabend rescata la acción ecológica que emerge, en realidad, de los pequeños grupos, que nace en relación a los problemas, los temores, las esperanzas de estos grupos y cómo se enfrentan a los problemas que los interpelan concretamente “no de la filosofía anónima concebida por pensadores "objetivos": pensadores mal educados, inclementes e inhumanos, es decir personas sin vuelta.” (Feyerabend, 2001:12). Para Feyerabend, la acción democrática del pequeño grupo es más humana que los movimientos de masas que repiten consignas y posee ventajas políticas, que se siguen de conocer efectivamente el problema y el ámbito político de las instituciones nacionales e internacionales involucradas.

Feyerabend no solo es escéptico respecto a la capacidad de los filósofos de ofrecer perspectivas interesantes para el ámbito de la vida tal como se produce, sino que también es profundamente crítico de la vinculación entre la ciencia y la sociedad, al punto de sostener que hay que defender a ésta última de aquélla:

Quiero defender a la sociedad y a sus habitantes de toda clase de ideologías, incluyendo la ciencia. Toda ideología debe ser vista en perspectiva. Uno no las debe tomar demasiado en serio. Debe leerlas como (se leen) los cuentos de hadas, los que tienen un montón de cosas interesantes que decir, pero que contienen también maliciosas mentiras, o (leerlas) como prescripciones éticas que pueden ser útiles como reglas prácticas, pero que son mortíferas cuando se las sigue al pie de la letra. Ahora bien ¿no es ésta una extraña y ridícula actitud? La ciencia, de seguro, estuvo siempre en la avanzada de la lucha contra el autoritarismo y la superstición. A la ciencia le debemos nuestra incrementada libertad intelectual frente a las creencias religiosas y, asimismo la liberación de la humanidad de antiguas y rígidas formas de pensamiento. Hoy estas formas de pensamiento no son más que malos sueños –y esto lo aprendimos de la ciencia. Ciencia e ilustración (enlightenment) son una y la misma cosa- incluso los críticos más radicales creen esto. (Feyerabend, 2001:1)

El filósofo dadaísta insiste constantemente en que la autoridad del experto, y con ello la autoridad de la ciencia, pueden y debe someterse al juicio del hombre de la calle, porque justamente son los intereses de éste los que están continuamente en juego. A la vez, para que esto sea posible, es necesaria una diversidad mucho mayor en el contenido de la educación para facilitar las decisiones democráticas sobre cuestiones de este tipo (Feyerabend, 1987).

El hombre común puede acceder a la comprensión de los desarrollos teóricos y sus consecuencias, y decidir sobre la pertinencia o no de una aplicación técnica de una teoría. Además, los estudios científicos, muchas veces, también son manipulados para beneficiar a ciertos actores económicos y a la elite intelectual, incluso generando perjuicios para la gente común que día a día convive con las consecuencias de las decisiones políticas basadas en las opiniones científicas. La ciencia resulta ser, finalmente, una de las tantas ideologías que impulsa a la sociedad y debería ser tratada como tal (Feyerabend, 1987). Esta idea va en consonancia con los pequeños grupos de acción en materia ecológica mencionada anteriormente.

¿Cuál es la alternativa de conocimiento entonces? ¿Qué pueden hacer los colectivos ambientalistas ante la emergencia ecológica actual?

...desarrollemos una nueva clase de conocimiento que sea humano, no porque incorpore una idea abstracta de humanidad, sino porque todo el mundo pueda participar en su construcción y cambio, y empleemos este conocimiento para resolver los dos problemas pendientes en la actualidad, el problema de la supervivencia y el problema de la paz; por un lado, la paz entre los humanos y, por otro, la paz entre los humanos y todo el conjunto de la Naturaleza. (Feyerabend, 2008:17)

En otros términos, la apuesta es otra. Es difícil pensar que las instituciones defectuosas puedan ser modificadas de manera meramente intelectual. Así, tampoco la acción ecológica que lleva adelante la ciudadanía, puede progresar y ser estimulada por una filosofía ecológica en los términos en que estamos habituados a que ésta se produzca:

En verdad ocurre realmente lo contrario: semejante filosofía produce con su propia disquisición una cortina de hierro que impide el cambio en el statu quo. Eventualmente la crítica puede ser aunque clara, incisiva y penetrante; con eso algunas posiciones quedan construidas, otras destruidas, pero todo sucede en un lugar seguro donde no crea ningún daño; en las páginas de una respetable o semi respetable revista o en el interior de los muros del mundo académico. (Feyerabend, 2001)

Conclusiones

¿Pero no es necesario que la acción encuentre su fundamento en el pensamiento y no es, por lo tanto, verdadero que el pensamiento precise de un marco general, de una lógica, una filosofía, una religión que le confiera una estructura, un contenido y una fuerza?

Respondo afirmativamente a la primera pregunta, aun cuando con reserva, y con una decisión no a la segunda.
Feyerabend (2001:8)

En este trabajo, buscamos realizar una proyección más amplia de la propuesta de análisis de Feyerabend a fin de conectar ecología científica y ecología política y ver el papel que la ciencia y la sociedad tienen respecto a esta problemática, y cuál es la dificultad específica que vislumbramos, desde la misma postura del autor, en sus derivaciones academicistas. En esta línea, hicimos un análisis del surgimiento de la ecología como disciplina natural subsidiaria del capitalismo y su posterior apropiación como reivindicación crítica y política a mediados del s. XX, junto con la relación muchas veces problemáticas con el conocimiento científico.

También vimos que ciertos desarrollos teóricos son perniciosos y, partiendo de la elite intelectual, responden a dinámicas del mercado, exacerbadas por el fenómeno de la globalización, como la conocida ideología del desarrollo sustentable, bajo el modelo del capitalismo verde.

A la vez, tomamos en cuenta la capacidad de la filosofía de dar debates abstractos sin salir al mundo y de la ciencia y sus expertos para legitimar los modos de producción y explotación propios del sistema capitalista. Consideramos el doble ataque de Feyerabend, contra el pensamiento abocado a la legitimación del *status quo* y por otro, hacia el ejercicio del pensamiento estéril en práctica y que se desarrolla entre muros, sin conexión con la lucha que se desarrolla efectivamente en espacios concretos y que son decisivas para la dirección del movimiento y el logro de conquistas para el movimiento ecologista. Ambas actitudes respecto al conocimiento y a la ecología política son perniciosas. Mientras, el movimiento político ecológico, en las calles, sigue su propio rumbo, en grupos pequeños que toman elementos de la ciencia pero también realizan una aproximación distinta que no siempre encuentra asidero en la ciencia. Siguiendo algunas ideas de Feyerabend podemos dar cuenta de las dimensiones problemáticas de la vinculación entre ciencia, pensamiento y sociedad que se desarrollan actualmente.

Por último, vale destacar el esfuerzo de filosofías como la de Feyerabend recuperan o da cuenta del verdadero trabajo de la filosofía. Tal como señala otro filósofo contemporáneo, Peter Singer:

La filosofía debe cuestionarse los supuestos básicos de su época. Meditar crítica y escrupulosamente sobre lo que la gente da por garantizado es, creo

yo, la tarea principal de la filosofía, y es esta tarea lo que hace de la filosofía una actividad valiosa. Desgraciadamente, la filosofía no siempre asume su papel histórico. Los filósofos son seres humanos y están sujetos a todas las presuposiciones de la sociedad a la que pertenecen. A veces consiguen liberarse de la ideología reinante, pero muy a menudo se tornan en sus más sofisticados defensores. Así, en el caso que nos ocupa, la filosofía tal como hoy es practicada en las universidades, no critica las presuposiciones de nadie sobre las relaciones del hombre con otras especies. Por sus escritos, aquellos filósofos que se ocupan de problemas que tocan algunas de estas cuestiones, revelan que parten de los mismos supuestos que el resto de los humanos... (Singer, 2003:120)

La filosofía, de esta manera, en ambos, aparece en diálogo con su época, y esa es su tarea principal: desmontar, rebatir, descubrir los supuestos que guían nuestras prácticas, muchas de las cuales no son analizadas pero tienen consecuencias políticas importantes. Feyerabend realizó críticas osadas de un modo también osado y muchas veces impertinente – pero acaso ¿la filosofía no debe molestarnos?– y dio cuenta de un cúmulo de problemáticas. La filosofía desde esta perspectiva hace que un filósofo sea *un filósofo en su contexto* y asumiendo, siempre, el papel histórico crítico que tiene la filosofía.

Bibliografía

- Feyerabend, Paul; “Cuan equivocada esta la ecología de los filósofos”, versión en español, Polis, N°1, 2001. Disponible en: <http://polis.revues.org/8216>
- ---; “Como defender la sociedad de la ciencia”, versión en español en Polis, N°1, 2001. Disponible en <http://polis.revues.org/8230>
- ---; Adiós a la razón, Madrid, Tecnos, 2008.
- ---; La ciencia en una sociedad libre, Mexico, Siglo XXI Editores, 1987.
- Lander, Edgardo, “El Lobo se viste con piel de cordero”, en, Revista *América latina en Movimiento*, Vol: El cuento de la economía verde, ALAI, septiembre-octubre de 2011, Ecuador, año XXXV, II época.
<http://es.scribd.com/doc/203333231/ALAI-El-cuento-de-la-economia-verde>
- Núñez, Paula; *Distancias entre la ecología y la praxis ambiental: una lectura crítica desde el ecofeminismo*, Biblioteca Crítica de Feminismos y Género, EDULP, La Plata, 2011.
- ONU, Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente, 1972. Disponible en: <http://www.un.org/es/comun/docs>

- ONU, Informe Brundtland. Disponible en: <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/42/427>
- Panqueva, Diego Rodríguez; *Capitalismo Verde: una mirada a la estrategia del BID en cambio climático*, Bogotá, Ed. CENSAT, 2011. Disponible en: p
- Pengue, Walter A., “Comercio desigual y deuda ecológica, Lo que el Norte le debe al Sur”, *Le Monde Diplomatique*, Edición Cono Sur, Abril 2002, páginas 6 y 7, Año III, Número 34.
- Shiva, Vandana; *Las nuevas guerras de la globalización*, Madrid, Editorial Popular, 2007.
- Singer, Peter; *Desacralizar la vida humana: ensayos sobre ética*, Madrid, Cátedra, 2003.
- Yáñez García, V., “La problemática ambiental en el capitalismo contemporáneo” en *Foro abierto en Ciencia Perspectiva y Alternativa, Capitalismo Contemporáneo visto desde México*, N°1, 2007.